

SUS PIES

Siempre le había gustado mirarse los pies, incluso desde que era una niña que apenas sabía usarlos.

Era fascinante observar el movimiento mecánico de aquellas partes de su cuerpo que parecían tener voluntad propia, mientras que su cerebro se ocupaba del arduo trabajo de mantener el equilibrio sobre el campo irregular, los senderos de tierra que rodeaban el poblado o las rocas del terraplén donde la familia arrojaba a diario las basuras.

Eran unos pies libres y felices que, en seguida, aprendieron a brincar y a perseguirse el uno al otro cuando su dueña deseaba adelantarse a los acontecimientos y decidía correr.

El primer calzado la fascinó, porque las alpargatillas eran de un sabroso color anaranjado que casi se veía en la oscuridad; pero le costó mucho habituarse a tener una suela entre su piel y el mundo por el que correteaba. Suerte que su madre sólo la obligaba a llevarlas en aquellos días en los que, todos sin excepción, parecían más alegres de lo normal, nadie iba a trabajar en el campo y los mayores permanecían despiertos hasta tarde mientras comían los alimentos que, de día, estaba prohibido ingerir por la autoridad de algo que ella no llegaba a entender.

Porque los niños y las niñas no debían cumplir el ayuno de Ramadán hasta que cumplieran los ocho años al menos.

El día que sus pies pisaron por vez primera el suelo de la escuela tardaron en darse cuenta de que el tacto que transmitían sus plantas era algo inusual, distinto el piso a la lechada de cemento que cubría el patio y las habitaciones de su casa. Era frío, suave y colorido, y cuando, por la tarde, le preguntó a su abuela de qué estaba hecho el suelo de la escuela, la anciana de más de cuarenta años que, hacía veintidós, había parido a su madre, le dijo que ella no entendía de aquellas cosas.

Fue breve, no obstante, porque allí sólo enseñaban a leer y a escribir, y eso a ella no le iba a hacer demasiada falta a lo largo de su vida. Al menos, eso era lo que oyó decir a su padre un día en que regresaban del huerto, cargado él con las herramientas y su madre con el panzudo cántaro lleno con el agua que esa noche iban a consumir.

Por eso, cuando ya la solería fresca de la escuela rural formaba parte de su costumbre desde hacía dos años, sus pies debieron olvidar el tacto suave de la cerámica y empeñarse a fondo en soportar su cuerpecillo cargado con el haz de leña, las frazadas de paja para el ganado o el balancín del que colgaban las dos garrafas de plástico que alguien había traído de la lejana ciudad.

Apenas cumplidos los diez años, a sus pies le eran ya familiares cualquiera de los tipos de roca que formaban las montañas del Rif, el roce con los matorrales de espino, la humedad del barro del invierno y, a veces incluso, la magia impoluta y blanca de la nieve que les obligaba a calzarse o a evitar salir de casa.

No podía, en cambio, decir que eran capaces de oír la llamada a la oración que el aire claro transportaba hasta allí desde la lejana mezquita perdida entre los cedros del bosque, sin embargo, abrigaba una cierta esperanza al comprobar cómo, con el tañir del pandero, podían ponerse a brincar como si tuviesen oídos.

Una cosa era cierta, sus pies debían acompañarla siempre, y cuando su cuerpo delgado y flexible fue capaz de ayudar en las faenas del campo, su padre le hizo entrega del mejor calzado que podía permitir la economía familiar. Aquella noche, fueron sus manos las primeras encargadas de lucir el par de sandalias de plástico mientras, a la luz del quinqué de petróleo, sus ojos estudiaban la naturaleza de aquel material flexible y colorido con el que podría moverse más deprisa por el arisco suelo marroquí.

Y las estuvo usando a diario, suela delgada y tirantes azules a través de los que, no obstante, podía seguir viendo a los dos viejos conocidos con los que aprendió a caminar.

En casa no hacían falta, ni en el huerto; incluso cuando alguna vez tuvo que acompañar a su padre el zoco semanal para tirar del asno cargado con los productos de la huerta, sólo se calzaba las sandalias color añil cuando alcanzaban la carretera de asfalto duro, arisco y recalentado por el sol..

Se tiñó las plantas de rojo, como cada año, durante la siguiente fiesta del Mulud, y sus pies no se enteraron, igual que ella, de que un nuevo acontecimiento venía a buscarse un sitio en el limitado mundo que la rodeaba.

Tuvo conciencia de la boda al ver sobresalir bajo el borde inferior de su túnica blanca las dos chinelas rojas cuajadas de pedrería falsa que las volvía fantasiosas y apropiadas. El ritmo de los panderos la incitaba a bailar, pero tuvo que permanecer quieta, muy quieta, durante casi todos los momentos de la fiesta de esponsales, y el espectáculo del cuero rojo del calzado la ayudó a pasar el tiempo, propiciando además el gesto ensimismado y la mirada baja que se supone condición indispensable de una novia recatada.

Luego, durante la noche, sus pies se separaron como nunca lo habían hecho, extraños ambos ante la presencia intermedia del que, a partir de entonces, sería el dueño de los caminos que tuvieran que recorrer.

Después, vino el cambio de vida que trajo cosas más importantes en las que pensar, y sólo en los momentos previos a la noche, cuando se lavaba en la estancia aneja al dormitorio, podía conceder una breve atención a sus pies cansados del ir y venir diario, trabajo de hogar, trabajo en la huerta, trasiego en el establo y premura en servir a tiempo las viandas que compartía con el dueño de sus días.

Poco a poco, los pies fueron desapareciendo tras la turgencia, breve al principio, del vientre que crecía hasta volverse descomunal; pero sabía que estaban allí, al extremo de sus piernas, firme nexo de unión con el mundo que la rodeaba, porque al final de la jornada gritaban como condenados de pura fatiga.

Aunque, unos meses después, pudo dedicarles una atención obligada cuando, transida de dolor y arrebatada por el miedo, los vio separarse como en su noche de bodas, pero retorciéndose de un modo nunca visto mientras ellas hacía esfuerzos titánicos por colaborar con la naturaleza que empujaba.

A partir de aquel momento, casi nunca podía vislumbrarlos, ocultos por el dulce obstáculo de la criatura en sus brazos, pero ganaron en responsabilidad al tener que confiar en ellos para que guardaran un mejor equilibrio que evitara percances.

También, mientras amamantaba a la criatura, mudaba su atención hacia los diminutos pies que escapaban del embozo, y los acariciaba, recordando sus propios pies de hacía tanto y anticipando a éstos un futuro de correteos en cuanto fuesen capaz de sostener a su pequeño dueño.

Pero llegó el desastre, y estuvo dos días sin poder verse los pies, sumergidos mientras duró la tromba de agua que sepultó la comarca en un alud que arrasó huertas, derribó muros de viviendas y secuestró animales y personas. Los mayores decían que, desde el terremoto de hacía décadas, nada había hecho tanto daño, ni robado vidas con tanta rapidez, y sus pies casi se negaron a sostenerla cuando fue capaz de asumir que no tenía marido ni casa, ni ninguna otra propiedad, desaparecidos todos en el tumulto líquido que bajó de la montaña. Y suerte que cuando la riada se declaró, rugiendo en la noche, su habilidad para mantenerse sobre cualquier clase de terreno había permitido que ella y el pequeño treparan a la cúspide del horno de barro que les salvó la vida.

Su marido en cambio no lo consiguió, al tratar desesperadamente de poner a salvo a los animales, pero sucumbiendo, con ellos, al mismo alarde furioso de la avalancha.

Lo peor era que nadie podía ofrecer el menor cobijo; la catástrofe había dejado a la comarca abandonada a una suerte de miseria sin el menor elemento para salir de ella.

No quedaban huertas, ni animales; los caminos habían desaparecido, y las casas que quedaban en pie sólo servían para guarecer a seres humanos hambrientos y asustados que, a pesar suyo, debían procurarse el sustento ejerciendo la más implacable norma de supervivencia.

De las ruinas de su casa pudo recuperar un escaso hato de ropas húmedas y medio podridas, y una sola de las chinelas rojas de su boda; las útiles chanclas de plástico azul se habrían marchado flotando, corriente abajo hacia la costa, a conocer otros pies a los que ajustarse.

Llegó a olvidar del todo los suyos, a pesar de que sangraban al recorrer la distancia enorme hasta la ciudad lejana, donde todo el mundo llevaba calzado. Zapatos, sandalias, babuchas, alpargatas, todos mezclados y presurosos, ocultando pies ignorados por sus propios dueños, aventando polvo seco compartido con los neumáticos de los automóviles y las pezuñas de los borricos.

Y sus pies se volvieron casi eran invisibles de la pura costra de suciedad que los envolvía, descuidados a pesar de que los miraba constantemente al mantener el gesto servil de limosnera que ayudara a tocar el corazón de la gente. Y el pequeño lloraba, o pasaba horas inmóvil, dormitando a trechos y como decidido a rendirse al hambre, al calor de los días urbanos o al frío de las noches bajo el cartón del embalaje de un frigorífico.

Ni siquiera sacaba para comer lo imprescindible, y notaba cómo el alimento que era capaz de producir iba mermando en calidad y cantidad, lo que inducía mayores periodos de lasitud del pequeño.

Entonces fue cuando la voz de hombre la soliviantó, obligándola a buscar sus pies negruzcos por la mugre para huir a su mirada; pero acabó apartando al bebé medio metro para poder obtener el escaso estipendio con el que el otro había valorado su cuerpo.

Pudo comer, y conseguir incluso un mísero alojamiento en la trastienda de un comercio de especias, aunque tenía que pagar el alquiler dejando que el dueño se interpusiera entre sus pies, como había hecho su esposo muerto y el primer hombre de ciudad que le había hablado. Pero el niño mejoró, lloraba por hambre antes de que ella pudiese alimentarlo, reía cuando las cosquillas y dormía placidamente cada vez que el el comerciante en especias venía a cobrar el recibo.

Entonces fue cuando atendió a la voz de mujer que le habló de un sitio donde estaría abrigada y limpia, donde su hijo no iba a pasar hambre o frío y donde tendría compañeras con las que compartir los ratos de ocio.

Oyó hablar así en lenguas desconocidas, distintas a su idioma natal y usuarias de expresiones que no llegaba a entender; aunque los hombres no necesitaban un diálogo que sustitúan por jadeos y gemidos variados a los que con el tiempo se acostumbró.

A cambio tenía ropa y comida, y un techo bajo el que vivir y cuidar a su hijo, que seguía creciendo.

Cuando jugueteaba con el pequeño, risueño y bien nutrido, se miraba los pies limpios y descansados que, no obstante, ella sentía ofendidos al haberlos relegado en favor de otras partes de su cuerpo más codiciadas. Ya apenas los tenía en cuenta, a fuerza de no necesitarlos, y cuando ya hacía casi veinte años que ellos y ella comenzaran la aventura de moverse a impulsos de la vida, la misma voz de mujer que la sacó de la trastienda del especiero le habló de un mundo de maravilla donde nadie caminaba a pie, porque todo el mundo tenía vehículos, y donde, con sólo pulsar un botón, el verano se volvía fresco y el invierno cálido. Le habló del futuro, y de su hijo bien cuidado en manos responsables hasta que ella volviera tras cumplirse la promesa de que, en apenas un año, habría ganado lo suficiente como para comprar todos los zapatos que quisiera.

Sus pies apenas notaron el traslado, confundidos dentro del calzado barato que le regalaron; pero sintió, lejanos a través de la suela de cuero sintético, suelos de piedra y arena, de metal y madera, de caucho y plástico, y, de improviso, una voz a su lado, igualmente agitada por la aventura, le explicó que a la tierra que pisaban la llamaban Europa.

Se descalzó en la noche y dejó que sus pies se hundieran en la playa arenosa, caminando un poco hasta palpar las rocas que, por más que dijera su compañera, no se diferenciaban en nada de las que ella había estado pisando toda su vida.

Y el suplicio tomó forma de zapatos extraños, apretados y altos en el talón, a los que sus pies ágiles tardaron en acostumbrarse. Se sentía más alta, y más torpe, pero aquella forma de calzarse era una condición obligatoria, igual que las medias, aquella especie de calcetines larguísimos que le orpimían los muslos mientras esperaba a que alguien la eligiera.

Conoció el placer nunca experimentado de liberar a sus pies de aquella tortura cuando, cada amanecer, podía recluirse a descansar en la segunda planta del edificio aislado cercano a la gran carretera. Y también descubrió que allí, en aquella Europa escondida tras las paredes de la casona, había un remedio para cada mal. Una compañera la enseñó a masajearse para aliviar el dolor, y otra le recomendó unos polvos que, mezclados con agua, proporcionaban un descansado relax que le permitía afrontar, a

la caída de la tarde, el alarde de equilibrio necesario para no romperse un tobillo cuando se calzaba de nuevo.

Pero era soportable todo a cambio de poder comer, al menos, lavarse y dormir, y cobrar la pequeña parte, pequeña, muy pequeña, que le entregaban por sus servicios, y que ella remitía con regularidad a la mujer que cuidaba de su hijo.

Llegó a la conclusión de que, en Europa, no se medía igual el tiempo, porque el año escaso que esperaba tardó casi siete en pasar, y ella alcanzó el razonamiento de que, en la opulencia, el reloj corría mucho más lento, deseosos los humanos de prolongar una vida llena de placeres y huérfana de esfuerzos.

Pero no estaba preparada para afrontar la última orden que recibió, y le duró dos días el desconcierto de saber que no podría volver al edificio pegado a la carretera general. Ni siquiera se lo dijeron en su lengua, pero ya había aprendido a interpretar los sonidos extraños con los que se comunicaba la gente a su alrededor, y pudo traducirle a su mente alterada que, a partir de aquel momento, debía arreglárselas por sí misma, aventadas el resto de las compañeras a los cuatro vientos antes de que alguien muy poderoso viniese a inspeccionar la casona de dos pisos.

Volvió a vivir los primeros días tras la riada que, hacía tantos años, había lavado la faz de su vida para privarla de todo cosmético. Y el campo europeo se reveló mucho más árido que sus montañas rifeñas mientras, embutidos sus pies en aquellos zapatos modernos, de suela de goma cómoda y gruesa y tejido adornados con letras, recorría las cunetas, escondiéndose de los uniformes, en busca de un destino indicado por la única boca piadosa que la despidió.

Tuvo un destello de íntima emoción cuando le mostraron la huerta; aunque aquélla estaba cubierta de un plástico que volvía casi insoportable el calor; pero los pimientos europeos eran del mismo color verde, los tomates igual de rojos y las moscas igual de pegajosas, todo lo cual la acercaban a su tierra natal.

Sin embargo, era capaz de entender que no iba a ser fácil salir de allí, orientarse en un mundo totalmente extraño y poder regresar a por su hijo. Tampoco sabía si sería capaz de poderlo mantener, y confiaba en que la vocecilla que oyó la última vez que pudo llamar por teléfono correspondía al niño que había dejado en la ciudad africana al cuidado de la mujer desconocida.

Contando con que un año tardaba siete en transcurrir, se empleó a fondo en buscar recursos, y sus pies la ayudaron mucho, de nuevo, mientras trabajaba con las hortalizas y, por la tarde, en la casa del dueño de lo que llamaban invernadero; y no se

quejaban cuando, durante la noche, debían romper su hermanamiento para dejar expedito el acceso a quien deseaba contribuir económicamente para que su dueña consiguiera la libertad.

Pero ya no respondían al teléfono en el número que ella conocía, y sus pies se cansaban más de lo normal cuando debían pasarse la jornada en la zona donde empaquetaban los productos; y un buen día se dio cuenta de que había disminuido el número de quienes buscaban el cobijo breve de sus piernas, a pesar de que notaba que la frecuencia de solo uno de ellos había aumentado, y se fijó en los pies de él.

Estaban tan castigados como los suyos, pero no pudo acertar a situar el nombre de la tierra de la que dijo provenir. Cuando charlaban, dejando que los cuatro pies de ambos también se intercambiaran historias entre ellos, él le contaba que en su país siempre debían ir calzados, porque había nieve la mayor parte del año, y eso impedía que las cosechas fueran buenas, que la gente viajara y que la vida pudiera abrirse a todas sus posibilidades.

Poco tiempo después, aquel hombre, que casi le doblaba la edad, era el único capaz de hacer que ella separase sus pies, cansados de la jornada laboral doble, y poco tardó ella en pedirle que dejara de pagar por lo que se había convertido en costumbre bienvenida.

Cuando estaba a punto de entrar en la casa, ella se quitó los zapatos, aquellos de suela de goma y adornos abigarrados que reflectaban bajo la luz, porque quiso pisar por primera vez su suelo sin ningún intermediario que matizara el placer de sentirse en su propio hogar, y mientras se habituaba a sentirse abrigada por las cuatro paredes acogedoras del piso barato, apenas si podía pararse a recordar otros tiempos y otras paredes, desaparecidos por la furia de lluvias inmisericordes.

La noche que él le dio la noticia, sintió que sus pies se enfriaban hasta dolerle, impedido el riego sanguíneo por la importancia del mensaje, y, días después, se hizo mucho daño en uno de ellos al golpear el canto de la puerta en su precipitación por abrirla y ver al joven que le sonrió antes de abrazarla.

Mientras lloraba, aferrada a su cuello, sentía que las palabras se le atropellaban en la boca, porque casi había olvidado hablar con soltura la lengua de su niñez; y tenía mucho que decir, hablarle a su hijo de Europa, de cómo los pimientos y los tomates eran iguales, y del desfase temporal que convertía semanas en meses y meses en años.

Mientras él le contaba su parte de la historia, ella le obligó a echarse para poder quitarle los zapatos, de aquellos modernos que ya sabía que se llamaban deportivos, y, al

liberarle los pies, estuvo un rato en silencio, contemplándolos y haciéndose la pregunta de dónde estaban aquellos chiquitos que ella cosquilleó mientras su dueño, personajillo novato en la vida, chupaba la leche que le haría crecer.

Supo así que, aunque aprovechara para salvar sus necesidades, la mujer a cargo de quien estuvo durante su niñez siempre fue cuidadosa con que se alimentara bien, que sus ropas fueras las adecuadas e incluso que asistiera a la escuela los años previos a cuando comenzó a trabajar como aprendiz en una carpintería. Y, aunque se habían mudado hacía tiempo, vivió lo justo para informarle de que un hombre había preguntado por él desde algún sitio lejano de la enigmática Europa.

Después de aquella jornada memorable, pudo dedicar más tiempo a sus pies, tan maltratados que se vio en la necesidad de ir a un médico de los huesos para que la curara. Pero nunca recuperó del todo la fuerza y la vitalidad con que aquellas dos partes tanto habían colaborado en cualquier situación. Cada vez le costaba más servirse de ellos, y aunque las medicinas aliviaban un tanto, la fatiga del resto de su organismo no ayudaba mucho a sobrellevar la vejez que ya había empezado a despuntar.

Pero a los nietos, que llegaban con el ritmo de una vida próspera y a salvo de desastres, se les podía atender aun estando sentada, y era placentero prodigar caricias y cosquillas en todos aquellos pequeños piecitos que se agitaban a su alrededor.

Cuando ya hacía tiempo que había perdido a su pareja, su vida se llenaba paulatinamente con la cercanía de quienes debían su existencia al tesón derrochado durante tantos años, a una buena mujer ya muerta en la lejanía y a un hombre del que, todavía ahora, era incapaz de repetir bien su nombre. Por eso, en una de las acostumbradas veladas familiares, llenas de amor y cariño, le dijo a su hijo que quería volver.

Se había acabado su tiempo y su misión, y le quedaba un esquicio de añoranza que deseaba colmar para adormilar los fantasmas del recuerdo.

Su hijo se oponía, su nuera también, y los nietos mayores estaban dispuestos a impedirle que regresara para afrontar una nueva vida a solas en un lugar tan lejano, por más que fuese el origen de todos ellos.

Pero se sintió acompañada por sus pobres y gastados pies, cada día, desde que, con ellos envueltos en unas tradicionales babuchas de cuero, pisó de nuevo la tierra donde aprendieron a caminar.

No quedaba demasiado; ni las ruinas de su casa existían ya, pero supo reconocer el valle, el barranco hendido que llegaba hasta la lejana costa, el bosquecillo de cedros y

el terraplén rocoso donde se arrojaba la basura. Reconoció rostros olvidados de gente de su edad, el aire era el mismo que trasladaba la voz trémula del almuédano llamando a la oración desde la lejana mezquita, y se sentía bien venida cuando, al entrar en las casas de sus vecinas, dejaba el calzado en la puerta y arrastraba sus viejos pies por el patio alfombrado con esteras y mantas.

Tenía para comprar una casa, que habitó con quienes sólo existían en su memoria; pasó inviernos y veranos contemplando aquellos pies de los que se sentía orgullosa y que ahora, pobres, no eran ni la sombra de lo que fueron. Pero los untaba de hanna cada poco, los acariciaba a pesar del esfuerzo añadido a su espalda, no por encorvada menos rígida, y por las noches se dejaba invadir por el alivio de ellos dos cuando, tendida en la cama, dedicaba un tiempo sin limitaciones a recordar su vida.

Cada verano venían a verla desde el otro lado del mar, y el último, su hijo le confesó que tenía capital suficiente para regresar definitivamente y montar una gran carpintería de estilo europeo semejante a donde él había estado trabajando casi toda su vida, y que sería el negocio que dejaría a unos hijos que, en cambio, no deseaban volver.

Estaba mirando los pies la mañana que, con sorpresa, descubrió que algo se paraba dentro de sí. No los reconocía ya, porque apenas si eran un borrón al final de sus ropas blancas, luto obligado por el extraño que la amó, y se dejó ir con la certeza de que, aunque no tocaba, los suyos vendrían con rapidez desde tan lejos.

Cuando la dejaron reclinada sobre la tierra brava del Rif y antes de cubrir su cuerpo, las manos amigas, como era costumbre, colocaron en contacto con su cabeza una piedra estrecha y plana que emergería hasta la superficie, y una segunda laja señalaría el final opuesto de la fosa, suavemente apoyada en los pies de quien pudo volver para ocupar su sitio durante toda la eternidad.

Severiano Gil
Primavera, 2008

FIN